Prólogo

Pompeya, 50 DC

La luna brillaba con fuerza esa magnífica noche estrellada mientras Galo Plinio Rulio esperaba el nacimiento del hijo que había concebido con su esclava Carla, la mujer que había amado en secreto por más de dos años. Sabía que su esposa Lucrecia no podía enterarse de lo que estaba sucediendo, o la vida del recién nacido y su madre no valdrían nada. En varias oportunidades, había intentado liberar a su amante, chocando una y otra vez con su caprichosa mujer, quien ignorando la situación, se negaba a separarse de la esclava. Cuando Galo se enteró de que su amada estaba embarazada, juró que algún día, su hijo, obtendría lo que su querida Carla no logró: La libertad

-Galo-sollozaba la parturienta-No puedo soportar este dolor, creo que muy pronto rendirá cuentas a los Dioses.

-De ningún modo lo permitiré, tienes que vivir. El niño y yo te necesitamos, debes estar en este mundo el día en que nuestro hijo sea un ciudadano romano.

-Prométeme que cumplirás esa promesa.

-Lo juro por el gran amor que nos tenemos, pero tú deberás estar aquí para presenciarlo.

-Ojalá fuera posible, que más desearía, ¡pero presiento que no ocurrirá!, Caronte viene a buscarme, lo veo cada vez más cerca…

-¡No digas eso! ¿Qué sucede con el Doctor?-golpeó el hombre las manos cuando los terribles gritos de su amada aumentaron.

-El Doctor Clausio avisó que no llegará a tiempo, hay muchos enfermos en estos días, pero, enviará a una mujer que es muy buena en estos menesteres-respondió un esclavo.

-Seguramente no quiere venir a atender a Carla, teme que mi esposa se entere. ¡Pero olvida quien soy y el poder que aún tengo! ¡Ayúdenla ustedes! No deseo que ninguna adivina le ponga las manos encima-se dirigió a las mujeres que mojaban con agua fresca el agua de su gran amor.

-¡Pero señor, nosotros no tenemos conocimiento de cómo proceder, somos unas humildes campesinas!

-Obedezcan, o conocerán todo mi rigor. ¡AHORA!

-Como diga-respondió una de las aludidas.

Media hora más tarde, un potente berrido cruzó el recogimiento nocturno, despertando al casi dormido Galo, quien agotado, se había tirado a descansar en una vieja silla.

-¡Señor, ha nacido! Es un varón precioso-llamó la improvisada comadrona.

-Gracias a los Dioses –exclamó corriendo hacia el camastro donde la pálida madre abrazaba al niño.

-Aquí tienes a tu hijo .Espero no olvides tu juramento -susurró alcanzándole a la criatura que sollozaba junto a ella.

-Jamás lo haré, especialmente porque te encargarás de recordármelo cada día de nuestra vida.- sonrió con los ojos brillantes tomando al pequeño entre sus brazos.

-Cuídalo, a través de su amor, estaré cerca tuyo y siempre los cuidaré, aunque no puedas verme., Galo,-jadeó la mujer dichosa de ver a su hijo entre los brazos de su padre. Y no nunca dejes que Lucrecia sepa quién es realmente Flavio, o no le permitirá vivir.

-¿Carla? ¡Escucha por favor, abre los ojos!-gritó nerviosamente Galo al ver que la mujer caía en un extraño letargo... ¡Auxilio, a mí!-volvió a exclamar.

Alertadas por gritos, las improvisadas parteras entraron velozmente comenzando a revisar el inerte cuerpo de la mujer.

-Señor, se ha ido, perdió demasiada sangre y quedó muy débil. No es nuestra culpa –lloró atemorizada la más joven de las dos sirvientas.

-¡Busquen al médico y tráiganlo arrastrando si es necesario, él sabrá como reanimarla!!-vociferó un desgarrado Galo depositando al lloroso niño en un canasto.

-Salgo en seguida-corrió el dueño de casa tratando de complacer a su señor.

-Moriré sin ella-se hincó Galo al costado de la cama donde su amada parecía dormir plácidamente.

-Señor piense en el niño, lo necesita...

-Ahora no puedo pensar en él. ¡Todos para afuera!, mientras espero al médico tendré unos minutos de intimidad con mi amada.

-Está bien-obedecieron sin titubear las llorosas mujeres. .

Apenas la última estrella acaba de retirarse cuando el facultativo se hizo presente, alcanzando solamente a confirmar el fallecimiento de Carla.

-No pude llega antes-insistía el asustado galeno, estaba lejos atendiendo a las víctimas de una extraña peste que ha diezmado poblaciones enteras. Incluso se ha llevado consigo a mis otros dos colegas, por lo que estoy esperando ayuda de Roma.

-Enterraremos el cuerpo de mi querida Carla entre las rosas que tanto amaba-levantó la mano Galo ordenando silencio-, y me llevaré al niño conmigo.

-Señor, será muy peligroso. Déjelo en la granja con nosotros, y cuando pueda alimentarse por sí mismo se lo entregaremos.

-Prometí a su madre cuidarlo personalmente. Hay un matrimonio cerca de la villa que tiene un niño recién nacido, les pediré que los críen juntos, y en unos años lo llevaré a casa para que viva a mi lado. Y en cuanto sea mayor de edad, tal como prometí, le regalaré su libertad, pero deseo tenerlo cerca hasta entonces. De más está decir que nadie jamás debe enterarse de lo sucedido aquí en este día, o pagarán caro-advirtió dando una monedas de plata al médico y a sus esclavos.

-Este secreto muere aquí-juró el sirviente. Pero debe pensar en un nombre.

 -Carla lo llamó Flavio, y así será. Debo irme, recuerden, este secreto muere aquí. No me gustará tener que castigarlos severamente -insistió galo.

-Confié en nosotros, también quisimos mucho a su pobre madre -lloró el esclavo besando tiernamente al bebé...

-Bien, adiós. Tengo mucho que hacer todavía y -Lucrecia debe estar preguntándose qué ha pasado conmigo-suspiró Galo abrazando a su preciosa carga.

-Que los Dioses lo acompañen-A usted y al niño-s e inclinó humilmente una de las mujeres que habían atendido a Carla.

 -Eso espero-agradeció Galo espoleando con fuerza a su caballo.

*-“Viviré para hacer feliz a este niño, y lo criaré como un hombre libre, tal como algún día será” exclamó sorprendido por la tibia brisa que pareció acariciar su rostro al recordar el juramento otorgado a la moribunda..*